

Laura Méndez - Víctor Díaz

Clarita del sur

en busca de la machi dorada

Historias increíbles pero ciertas de la Patagonia y la Argentina

Ediciones

Pido la Palabra

www.enseñarlapatagonia.com.ar

Los autores

Laura M. Méndez es Doctora en Historia y docente de la Universidad Nacional del Comahue en Bariloche. Autora de numerosas publicaciones referidas a la historia regional y a la enseñanza de las Ciencias Sociales.

Víctor A. Díaz es ingeniero industrial y escritor. Autor de numerosos cuentos referidos al espacio patagónico.

Méndez, Laura M.

Clarita del sur en busca de la machi dorada : historias increíbles pero ciertas de la Patagonia y Argentina / Laura M. Méndez y Víctor Díaz. - 1ª ed. - Neuquén : Pido La Palabra, 2014.

120 p. : il. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-97379-9-6

I. Relatos Testimoniales. 2. Historia Regional. I. Díaz, Víctor II. Título
CDD A863

© Copyright **Laura Méndez - Víctor Díaz**

Es un libro de

Ediciones Pido la Palabra

edicionespivolapalabra@gmail. com

Hecho el depósito que marca la ley 11. 723

Libro de edición argentina

ISBN 978-987-97379-9-6

Fecha de catalogación: 10/06/2014

La reproducción total o parcial de este libro en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, escrita a máquina por el sistema "multigraph", mimeógrafo, impreso, etc. , no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

Laura Méndez - Víctor Díaz

Clarita del sur en busca de la machi dorada

Historias increíbles pero ciertas de la Patagonia y la Argentina

Ilustraciones

Walter "Kameyo" Moreno

Corrección de estilo y asesoramiento literario

Silvia Urtubey y Ariel Navalesi

Para preguntas, sugerencias y comentarios comunicate al:

lauramendezbari@gmail.com

Ediciones

Pido la Palabra

I

Por fin llegó. Mañana será un día importante para Clarita por dos cosas. Una es que empieza séptimo grado, y la otra es que, luego de haber vivido tres años en Puerto Madryn, su mamá regresa a Bariloche y esta vez para quedarse. Ese tiempo sin ella fue duro. A pesar de los esfuerzos de los abuelos y de su papá, Clarita nunca dejó de pensar que “con mamá cerca todo parece mejor”. No es que siempre estuvieran de acuerdo. Para su mamá, Clarita vivía despeinada, pasaba demasiado tiempo encerrada y no sabía divertirse. Cada vez que Clarita salía le preguntaba: “¿con quién vas?”, “¿a qué hora volvés?”. Y cada vez que ella le contaba que había conocido a un chico, su mamá salía con un: “¿qué hacen sus padres?”, “¿es buen alumno?”. ¡Como si a Clarita le interesara conocer a la familia del chico y estuviera planeando casarse!

Pensar en todas esas cosas que tienen las mamás y que a Clarita siempre le causaban fastidio, ahora, no sabe por qué, la hacen sonreír. En realidad sí sabe porqué, pero no está dispuesta a confesárselo a nadie: su mamá es la única que sabe que de vez en cuando juega a las muñecas y que, en más de una oportunidad, se hace la bebita hablando entrecortado para que ella la abrace; y es su mamá la única que le dice que es la chica más linda del mundo a pesar del gran lunar en la nariz.

Clarita tiene que dormirse, si no mañana va a estar muerta de cansancio. Por más que lo intenta contando ovejitas o poniendo la



mente en blanco, como le enseñó su abuela, no puede conciliar el sueño y gira como un trompo de un lado al otro de la cama. Cerca, sobre la silla de madera, duerme tranquilo el guardapolvo blanco. Uno nuevo, porque fue imposible que el del año pasado le entrara. A su lado, la mochila con los útiles. Este año no tuvo interés en ir a comprarlos y poco le importaron el dibujo de la cartuchera y los colores de la tapa del cuaderno. Sin duda, estaba volviéndose grande.

A la luz del rayito de luna que se filtra por la ventana de la cabaña de madera, Clarita ve sus uñas pintadas. –¿Qué me dirá mamá cuando las vea? –piensa.

A su padre fue fácil convencerlo. Le dijo que se las pintaba para no comérselas, pero su mamá seguro se daría cuenta de que en realidad se había puesto un esmalte negro igual que sus dos mejores amigas. También descubrirá que se delinea los ojos con negro, cosa que hace desde la Navidad pasada. Los abuelos no se enteraron porque ven poco y su padre no presta mucha atención a su aspecto.

Ahora que lo piensa, en el último tiempo su papá está raro. Es verdad que tiene mucho trabajo en el restaurante porque, por suerte para todos los bariloenses, la temporada de turismo es bastante buena este año. Pero más allá del trabajo hay algo raro en él. Se encierra para hablar por teléfono y muchas veces está distraído, como pensando en otra cosa.

–Bueno, ahora sí –se dice Clarita una vez más–, a. A dormir.

¿Con qué le gustaría soñar? Ahora que su mamá regresa a Bariloche hay un sueño tan maravilloso que apenas se atreve a imaginarlo: ¿Podrían volver a estar los tres juntos?

–¡Ojalá! –se dice Clarita en voz alta, sin darse cuenta.

–Sí, ¡Ojalá! ¡Ojalá estuvieras dormida! –le dice el abuelo mientras se acerca a su cama para darle las buenas noches.

–¿No podés dormir, querida? Claro, mañana es un día especial y la espera se hace difícil, ¿no? ¿Qué te parece si mientras viene el sueño te acompaño contándote alguna de las muchas historias que

he vivido, escuchado o leído desde que llegué a la Argentina hace más de sesenta años?

Clarita sonrió y se acomodó en la cama dispuesta a escuchar. El abuelo acercó una silla, se tapó las piernas con una manta tejida a crochet y comenzó a transformarse en aquellos personajes que dieron vida al siglo que pasó.



El voto

Cuando la pava comenzaba a cantar, Florindel la retiró del fuego. Con el mate recién hecho se acercó a la cama y despertó a su marido.

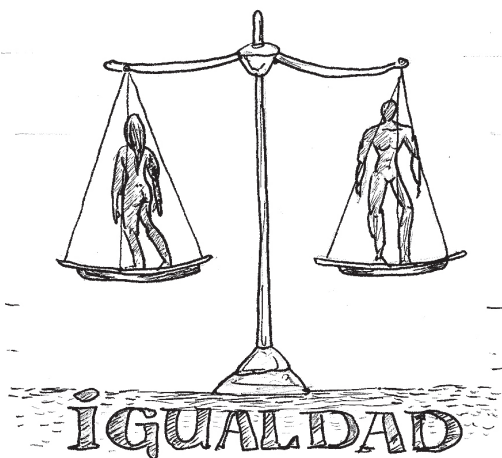
Había llegado de Formosa hacía un par de años y se ganaba la vida limpiando los baños de un bar de la zona de Constitución. Allí había conocido a su actual marido. Todo había ido bien al principio. Gumersindo Gómez era un correntino corpulento y apuesto a quien no le había resultado difícil enamorar a la solitaria chica provinciana. Sin embargo, Gómez, como le decían todos, a pesar de ser simpático y extrovertido en público, tenía una doble cara y era un hombre violento y hosco en su vida privada.

Al poco tiempo de casarse casi cualquier motivo era bueno para discutir con Florindel. A veces llegaba a golpearla. No parecía el mismo hombre que al día siguiente le traía una flor de regalo o la llevaba a pasear después del trabajo.

Gómez, luego de tomar los mates que le cebaba pacientemente su mujer caminando desde la cocina hasta la cama, sacó de su mesa de luz un papel prolijamente doblado y le dijo en tono severo:

—Hoy va a votar usted, ¿sabe? No entiendo a quién se le ocurrió que las mujeres puedan decidir quién es bueno para gobernarnos, pero

va a ser así. Menos mal que yo le traje del comité radical la boleta para que no tenga que pensar mucho —agregó, entregándole el papel—. Lo lleva adentro de la cartera, lo saca en el cuarto oscuro y lo mete en el sobre que le dan. Lo cierra y se lo da a la gente que está afuera, con la urna. No es tan difícil, hasta una formoseña rústica como usted lo puede



hacer —explicó Gómez con aire paciente, como quien le explica algo a un niño lento de entendederas.

Florindel miró seriamente a su marido y asintió en silencio abriendo muy grandes los ojos color café. Guardó cuidadosamente el papel en la cartera.

Luego de ayudarle a atar el nudo de la corbata a Gómez, Florindel buscó su sombrero y salieron a la calurosa mañana de domingo. La calle los recibió con una bocanada de aire espeso que les pegó la ropa a la piel. Un trolebús detenido por la mano de Gómez los embarcó y luego de un rato descendieron. Caminaron lentamente hasta una escuela por la cada vez más caldeada mañana.

Ya dentro de la escuela, Gómez se encargó de averiguar cuál era la mesa en la que Florindel votaba. Cinco mujeres esperaban con la Libreta Cívica en la mano.

Gómez se le acercó y le dijo al oído:

—Ya sabe lo que tiene que hacer si no quiere ligarse un soplamocos. Yo la espero acá, fumando.

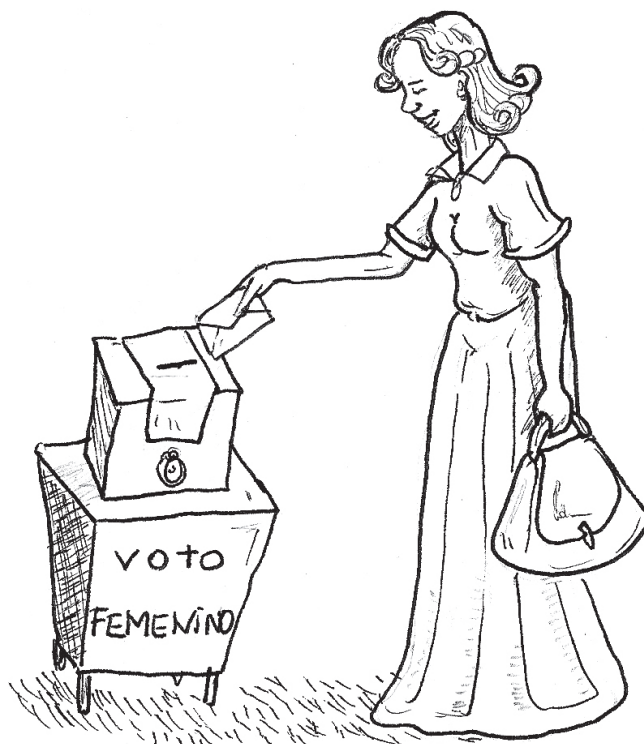
Florindel se ubicó en la fila apretando la cartera con las dos manos. Luego de unos minutos de espera las autoridades de la mesa explicaron a las seis, en forma general, cómo debían proceder al ingresar al cuarto oscuro. En realidad no era oscuro sino solamente privado para que nadie viera lo que cada votante metía dentro del sobre. Las mujeres fueron ingresando una a una. Al salir, entregaban el sobre que, una vez sellado, metían en la urna.

La formoseña entró a su tiempo y se encontró con varios pupitres juntos llenos de boletas. Sacó de su cartera el papel que le había dado su marido, apoyó el sobre en la mesa y buscó entre los papeles apilados para retirar uno cuya fórmula electoral fuera “PERON-QUIJANO”. Dobló la boleta y la metió en el sobre. Antes de salir metió el papel de su marido debajo de una de las pilas. A pesar del riesgo que implicaba para ella, su decisión estaba tomada desde que supo que votaría. Perón y Evita habían hecho mucho por los derechos de las mujeres como para olvidarlo.

Cuando salieron a la calle, Gómez le quitó la cartera y la abrió. Al ver que no estaba la boleta sonrió y, tomándola de la mano, le dijo suavemente:

–¿Quiere tomar un helado?

Perón ganaría las elecciones por un 62%.



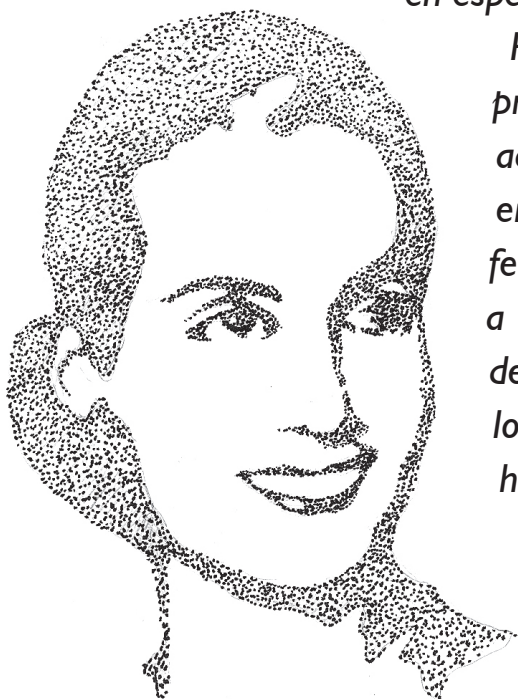
LO QUE CUENTA LA HISTORIA

El primer peronismo y el voto femenino

La llamada Ley Sáenz Peña, de 1912, estableció para la Argentina el voto universal, secreto, libre y obligatorio. Sin embargo, poco tenía de universal ya que las mujeres estaban excluidas de este derecho, así como los habitantes de los Territorios Nacionales que incluían a las provincias de la Patagonia y de la Región Chaqueña.

La ley se implementó en 1912, pero su vigencia fue interrumpida en más de una oportunidad. A partir de 1930 se suscitaron una serie de golpes de estado que llevaron, a través del ejercicio de la violencia, al gobierno de dictaduras militares. Así fue como hasta 1983 en nuestro país se alternaron gobiernos democráticos con gobiernos de facto.

En 1943 se produjo un golpe militar que se sostuvo en el gobierno durante dos años. En 1945, Juan Domingo Perón ganó las elecciones y asumió la presidencia de la Nación. Este primer gobierno peronista se caracterizó por implementar políticas públicas de justicia social; asistencia a niños, niñas y mujeres; mejoras en las condiciones de vida de los y las trabajadoras; acuerdos con los sindicatos; y promoción de la industria, en especial de electrodomésticos.



Perón, con el apoyo de los sindicatos, le propuso a su mujer, Eva Duarte, que lo acompañara en la fórmula presidencial en su segundo mandato. “Evita”, ya enferma de cáncer, no aceptó la candidatura a vicepresidenta. Sin embargo, aun sin detentar ningún cargo oficial, fue mucho lo que Eva Duarte hizo a favor de los más humildes. La Fundación Eva Perón brindó asistencia a miles de familias. Bajo su tutela se multiplicaron comedores

escolares, colonias de vacaciones, consejos médicos escolares, espacios de recreación y esparcimiento. También bregó para lograr un anhelo de las mujeres argentinas que ya llevaba más de medio siglo de lucha: en 1949 el Senado de la Nación admitió el sufragio femenino. Las mujeres votaron por primera vez en elecciones libres en el año 1952.